





**Me gustaría**

Colección Rayos globulares

(3)

**R**



**Me gustaría**

**Amanda Mijalopulu**

Traducción de Mercè Guitart Ribas

**Rayo verde**  
*editorial*

La presente edición se llevó a cabo con el apoyo del  
Ministerio de Cultura y Turismo / Centro Nacional  
del Libro de Grecia.

Primera edición: mayo 2012

*I'd Like* © 2005 by Amanda Michalopoulou  
© de la traducción, Mercè Guitart  
© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2012  
© de la fotografía de Amanda Mijalopulu, Dimitris  
Tsoumplekas

Diseño de la cubierta: Noemí Giner  
Ilustración de la cubierta basada en una obra de arte de  
Dimitris Tsoumplekas  
Diseño editorial: Ana Varela  
Corrector: Óscar Mora

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.  
Comte Borrell 115, ático 2ª  
Barcelona 08015  
rayoverde@rayoverde.es  
www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: Romanyà Valls - Capellades  
Depósito legal: B-10246-2012  
ISBN: 978-84-15539-06-3  
BIC: FA

Impreso en España - *Printed in Spain*

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción  
total o parcial de esta obra para uso personal.

## Índice

Me gustaría, 11

Una desazón llevadera, 31

Zapatillas de punta, 39

Papá y la infancia, 53

Luz, 61

Clavo, 71

¿Qué vas a hacer luego?, 77

El momento más hermoso, 83

La caza de las luciérnagas, 93

Dentes, 103

La emoción de la novia, 115

Relato para tontos, 125

Me gustaría (versión orquestal), 131





*A mis padres*



## Me gustaría

—¡Ahora! ¡Está solo!

Vandoros, enfrente de nosotros, se rascaba la perilla pelirroja. Guantes de piel, mirada penetrante, un zorro en toda regla.

—¿A qué estás esperando? —susurré.

Mi marido se aflojó la pajarita y, en dos zancadas, cruzó la habitación con su característico paso saltarín. Del mismo modo se me había acercado hace muchos años, en un cine de Atenas: «No me diga que le ha gustado la película». No, pero me gustó esa mezcla de caballerosidad y ordinariez.

El camarero se cruzó en su camino con una copa de vino que había quedado en la bandeja. Se la bebió de un trago y me hizo una señal. El momento había pasado. Vandoros ya no estaba solo. Un hombre mayor con gafas le daba golpecitos amistosamente en la espalda.

Me acerqué con mi copa de vino en la mano, champán rosado con burbujas.

—¿Tú crees que es su padre? ¿O acaso las celebridades provienen directamente de Dios?

Se aflojó aún más la pajarita. Se la quitó y se la metió en el bolsillo.

—¡Maldita sea! ¿Tenía que ofrecerme una copa justo ahora?

—¿Y tú te la tenías que beber justo ahora?

La sala se llenó. Hombres, mujeres y unos cuantos niños a quienes sus padres habían arrastrado estaban sentados en la punta de la silla, charlando o mirando fugazmente por la ventana que crujió cada vez que pasaba un autobús. La noche había empezado a caer. El verano entraba por todos lados, denso y pegajoso.

—Han venido muchos periodistas.

Hizo girar la copa vacía en las palmas de las manos y la dejó llena de dedos.

—Pues claro. Es una noticia fácil, nada arriesgada —susurré.

Dejamos nuestras bolsas en la quinta fila, en el extremo izquierdo, en el punto hacia donde miran los escritores cuando se sienten incómodos. Mi marido sostiene que existe un punto de distracción. En las presentaciones de sus libros lanza miradas furtivas hacia ese punto en busca de consuelo y clemencia.

Hoy la clemencia empapa el ambiente. Vandoros, con dos novelas, ha conseguido lo que mi marido no ha conseguido con siete. Todo el mundo habla de su Grecia cohesionada que emerge del pasado «con fragor y valentía», tal como reza el título de su primer libro. Pero también hablan de él: griego de segunda generación, con la raya marcada en el pantalón de lino y un cigarrillo enroscado en la mano.

—¡Mira! ¡Su mujer!

—¿Dónde?

—No seas mala. Tampoco es tan bajita...

No la había visto. No estaba mirando a ningún lado, me encontraba en mi propio punto de distracción, en mi asiento. Nadaba en una ciénaga de codos ajenos, rodillas, bolsas de plástico de librerías. Su esposa es de esas mujeres a quienes la habitación absorbe hasta que abren la boca o adornan con las manos la corteza de un razonamiento. Entonces emerge,

se libra de su altura, de su pálida piel, de los círculos negros alrededor de los ojos. Se llama Pia Saunders, es bastantes años más joven que yo y participa en todas las bienales.

Sin confesárnoslo, nos los imaginamos en los lugares exóticos donde se celebran las bienales de arte contemporáneo —en Brasil, en Corea, en Cuba—. Toman cócteles en bares de hotel, con media rodaja de piña en el borde de la copa, y vuelven a su habitación embriagados de felicidad. Una felicidad muy particular; una felicidad ofrecida por las circunstancias. Ni siquiera tienen que esforzarse en mirar el mundo con otros ojos. El mundo ha cambiado expresamente para ellos. Piraguas y desiertos en vez de peajes y edificios. Él escribe en el balcón del hotel —de pie, dice en las entrevistas, como Nabokov—. Observa a lo lejos el centelleo de las luces de las ciudades nuevas y exóticas, y piensa en Grecia como si fuera una oveja tranquila, mítica. Ella hace fotos que luego llamará «Quedará entre nosotros» o «Algunas cosas que me gustaría mostrarte».

Se había puesto un chal sobre su vestido exquisito —una túnica blanca con pliegues que le llegaban hasta el tobillo—. Se frota las sienes y bosteza. «El mal de ojo —dice Vandoros en su última novela— es el deseo momentáneo a la vez que profundo de estar en el pellejo del otro, de dormir entre sus sábanas, a poder ser con su mujer».

No me gustaría dormir con Vandoros. Pero me sentiría aliviada si me leyera el pensamiento y me dijera te entiendo, es humano, yo antes también solía pensar ese tipo de cosas. Me gustaría que saliéramos todos juntos después de la conferencia, que discutiéramos temas como este y que al final nos invitaran a su casa de Nueva York. Saunders sujetará entre los brazos las sábanas con las que haremos la cama de la habitación de invitados y tardará tanto en darnos las buenas noches que al final le quitaré las sábanas de las manos y le diré anda, Pia, que no es el fin del mundo.

—¿En qué piensas?

—En nada.

Porque, en realidad, eso no son pensamientos. Son exclamaciones que se quedan dentro, gritos dispersos que forman una aureola alrededor de mi cabeza y que se preparan para adornar un concepto dramático de fracaso total.

*Por desgracia. Ojalá. Por qué.*

*Imposible.*

*Me gustaría.*

Vandoros sube a la tarima, encorvado. No tiene que demostrar nada, no tiene que parecerse a nadie.

—Y tú, ¿en qué piensas?

—En nada.

Le conozco. Piensa lo mismo que yo, sólo que de una forma más masculina: sin palabras. Le gustaría evaporarse en su asiento, mientras Vandoros se aclara la garganta y dice en un griego poco fluido: «Gracias por haber venido. Buenas tardes».

—¿Piensa leer con los guantes puestos? ¿Está loco, o qué?

—A lo mejor tiene dermatitis.

—¿De tanto escribir?

—No seas exagerada. Mira, no se los quita ni para saludar a Stark.

La ponente es una helenista americana a quien le cuelga la papada y que ha traducido a Cavafis. Mi marido cruza y des-cruza las piernas. Desliza la mano dentro del bolsillo donde está la pajarita. Una vez le envió un libro suyo, pero nunca llegó a responderle.

—Hoy tenemos el honor de... —dice Stark. Y el honor toma forma de piedad. Las cabezas de las mujeres se inclinan como tallos; los hombres abren las piernas como si estuvieran en el cafetín esperando a que el alcalde hablara con sus propias palabras sobre sus vidas; y nosotros paramos las olas de su presencia cual dique abandonado. Mi marido me aprieta

con fuerza la palma de la mano. Ambos oímos el crujido, yo sola siento el dolor. Me hundo en él. Muy adentro. Tanto que nadie puede seguirme.

Algo se ha salido de sitio.

La sala de urgencias huele a amoníaco. Con tanto trabajo, el joven médico tal vez tenga que ir a mear al rincón. Hemos esperado casi dos horas, junto con chicos que se han estrellado con la moto, una mujer que se ha quemado la mano y un hombre que se ha abierto la cabeza al caer de la cama, borracho. Me miraba fascinada el meñique, que se había soltado de la palma de la mano y señalaba algo fuera de mi campo de visión. Luego ha pasado por delante de nosotros una camilla y he dejado de ensimismarme. Cara y cuerpo cubiertos. Sólo se veía un mechón de pelo pelirrojo. Encima de la sábana alguien había dejado una boina roja, como si la chica estuviera dando una cabezadita. Los muchachos de la camilla buscaban a su superior. He alargado el brazo, he cogido la boina y me la he metido en el bolso.

Ahora estoy sentada en la camilla de exploración, con las piernas colgando a un lado y a otro, como un interno de manicomio que se cree que es un jinete. Un papel de cocina arrugado, con un poco de sangre del anterior paciente, me refriega los muslos absorbiendo el sudor. Mi marido ha hecho de la radiografía un abanico. El crujido del plástico me recuerda el ruido de hueso roto.

—Estás amarilla, ¿lo sabías?

Se ha sacado la pajarita del bolsillo y la martiriza de nuevo.

—Y tú estás rojo como un tomate.

—Tanto rato aquí encerrados...

Sonreímos cansados. El médico me ha puesto una inyección calmante y ha preparado la venda elástica que me ajustará en el dedo. Luego lo ha llamado su superior. Se ha disculpado y se ha esfumado. Nos hemos quedado solos de nuevo, con

nuestros pensamientos flotando alrededor, ahogados por el calor.

De repente se abre la puerta y aparece la única persona a quien no esperaba ver: Pia Saunders, con su túnica de la Grecia antigua echada encima de las rodillas. Un enfermero empuja la silla de ruedas. Miro hacia abajo, su tobillo izquierdo parece una naranja sanguina mordida. Detrás, la sigue Vadoros. Nos cuenta que a su mujer se le ha enredado el zapato con el dobladillo del vestido y lo que ha ocurrido luego. Saunders se muerde el labio inferior y hace muecas. El médico cierra la puerta detrás de él y sonrío con aire conspirador.

—Si los de ahí fuera se me echan encima será por su culpa, señor Vadoros.

Luego se vuelve hacia nosotros.

—¿Me disculpan un momento? Ese señor es un escritor famoso de la diáspora. Tenemos que demostrarle que los griegos todavía somos hospitalarios, ¿verdad?

Con mi mano buena hago un gesto impreciso de director de orquesta.

—¿No es increíble? Se han colado. Es que me entran ganas de...

—¿De qué?

—Me gustaría romperle la cara.

—¡Ya está bien! —susurra mi marido—. Para de una vez.

Miramos por la ventana como si nos hubieran castigado.

—¿Podemos abrir un poco? —pregunto—. Aquí dentro hace un calor infernal.

Vadoros avanza hacia nosotros. Su pantalón ondea, sin raya. Su gabardina también ondea —por el bolsillo asoman los guantes sobados—. Gira la manija con un pañuelo y la ventana se abre crujiendo. En el alféizar, las colillas de cigarrillo del médico se han ahogado en dos centímetros de agua, dentro de una caja de herramientas metálica. Vadoros nos guiña el ojo y se enciende un cigarrillo.



—¿Ustedes no estaban antes en...?

—Sí —dice mi marido, y la cara se le ilumina. Así pues, el punto de distracción existe—. Hemos tenido un pequeño accidente antes de que empezara y nos hemos perdido...

—Qué va. No se han perdido nada —dice Vandoros—. ¿Qué le ha ocurrido a su mujer?

Se lo cuenta, inventándose una versión del accidente. Vandoros alarga el brazo hacia fuera, por la ventana. Se supone que en el gesto de alargar el antebrazo tenemos que reconocer su interés por las normas del hospital.

—Lo necesitaba —dice.

El humo se arremolina y se desvanece en la oscuridad.

—Ayuda —añade mi marido, que jamás ha fumado.

—¿Puedo ofrecerle uno?

Deja la pajarita y coge el cigarrillo.

—¿Fuego? Pulmones no le puedo dar, los míos están completamente destrozados.

Se inclina para encenderlo. Echa el humo por la ventana torpemente, aliviado.

En su suite, en el Gran Bretaña, Saunders lleva una bata de seda con flores de almendro. Se medio tumba como una odalisca y se rasca la planta del pie vendada. Los dedos le brillan, rojos por la presión de la venda.

—Madre mía, cómo me pica...

Se da la vuelta boca arriba y su cuerpo se hunde en el edredón. Los hombres beben whisky en la terraza. La oscuridad se vuelve más profunda alrededor de sus cuerpos y se mueve cuando gesticulan.

—Ven aquí... —me dice. Da golpes con los dedos en el colchón, como si yo fuera un perrito.

Subo a la cama y nos confesamos cuánto nos duele. Bebe vino blanco, yo vodka con mucha naranja. Sin querer, rozo el cinturón de seda. Vestida así parece aún más agradable e inocente.

—Me caes bien, pero no puedo hacer como si nada —digo.

—¿Qué quieres decir?

—Si no nos hubiéramos hecho daño, no estaríamos aquí.

—No sé a qué te refieres.

Mareada por el champán, el vodka y los antiinflamatorios, le cuento cómo se sienten los artistas ante otros artistas que han logrado algo tangible, tangible para todos, incluso para los que menosprecian el arte. Pía menea la cabeza, abre y cierra los ojos húmedos, negros, y expone detalladamente su punto de vista sobre la relatividad de los objetivos. Es compasiva y bondadosa porque es autosuficiente.

—Me tienes que enseñar tus obras. ¿Qué pintas?

Se lo explico con gran lujo de detalles que no la ayudarán a entenderlo. Dejo las frases a medias.

—Ya no sé qué hago, dónde estoy.

—Déjate llevar, ya lo encontrarás.

Si nuestra vida y nuestro lugar en el mundo son cuestión de postura, entonces lo que me dijo tuvo un efecto milagroso: me relajé un poco, dejé caer la cabeza hacia atrás y observé la habitación desde ese ángulo de visión. Hacía mucho que no me ocurría. Una ola de optimismo inexplicable, la confianza de que la vida puede cambiar. Luego, con un escalofrío, volví en mí.

—No quiero hacer nada. Sólo mirar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero mirar el arte de los demás. Y estar celosa. Me gusta pensar que he perdido el tren...

—Si para ser creativa tienes que ponerte dramática...

—Sí, pero tiene sus peligros. Acabas creyéndote que no vales nada y te entran ganas de mandarlo todo al cuerno.

—No es tan simple. Cuando escoges algo, ese algo también te escoge a ti.

—¿Quieres decir que ya es demasiado tarde para dar marcha atrás? Me gusta la idea...

Callamos envueltas en el frescor artificial del aire acondicionado, en el olor de la pared recién pintada.

—Creo que no estoy de acuerdo —dice finalmente—. Las conversaciones sobre el arte son terriblemente anodinas. No, anodinas no, ridículas. Te sientes tentado de hablar de la obra como si fuera un pastel. La absurdidad que distingue el arte del resto de ocupaciones se pierde cuando pones las cosas en su lugar. Mira, estamos aquí tumbadas, con nuestros vendajes, hablando de pintura del mismo modo que diríamos qué dura es la vida, necesito un amante o qué hay para comer. Y nuestros maridos, que son los responsables, se han ventilado el whisky. Estoy segura de que lo estarán celebrando...

—¿Responsables? Pero si ha sido sin querer. He doblado el meñique hacia dentro, es un tic, ya sabes, meto la uña del meñique en la palma de la mano y...

De repente caigo en la cuenta del significado del plural. Me incorporo lentamente para no asustarla.

—¿Te ha empujado?

—Odia las cenas obligatorias de después de las charlas. A la gente que le dice he leído su libro, enhorabuena, y que le da la mano —apura la copa—. Tiene fobia a los microbios.

—¿Por eso ha abierto la ventana con el pañuelo? Y los guantes...

—Sólo de pensar que tiene que dar la mano a alguien, le da algo. Nos han dicho que ofrecerían una cena en nuestro honor...

—¿Te ha empujado para escabullirse de la cena?

—Le gusta empujar.

—Entonces sus historias... Los perros que violan al amo del café, la maestra que rocía a sus alumnos con aceite hirviendo, el cura que pone trampas en el establo con su mujer...

—Nunca ha puesto trampas. Es impulsivo y tiene una gran cantidad de enfado que necesita desahogar. Y mejor que no hablemos de su infancia, raya en lo pintoresco. Además, es mi marido.

Estamos tumbadas boca arriba. Si inclinamos la cabeza hacia atrás, los veremos colgando del balcón como murciélagos. Mejor que no beba más.

—Me ha dicho que siente que tenemos un parentesco.

Conduce con la camisa desabrochada. La brisa matinal que entra por las ventanillas abiertas del coche le ondea los pelos del pecho.

—¿Un parentesco?

—Literario.

—¿Tú estás loco? Pero si sus libros son ilegibles.

—No es cierto. Se burla de sí mismo. Me ha dicho que al final de una presentación todo el mundo se le acerca para hablar con él. Y eso significa que todavía no ha escrito algo que haga que la gente se sienta incómoda, que descubra una verdad fascinante sobre sí misma. Si fuera así, no se reirían como bobos ni comerían galletas saladas. Le esquivarían.

—Sí, y él tan contento. Pia me ha dicho que tiene fobia a los microbios.

—¿Lo ves? Y tú criticándolo por lo de los guantes...

—Yo lo que veo es que se regodea incluso de sus defectos.

—No seas tan negativa. Nos ha invitado mañana a tomar una copa. A lo mejor sacaremos algo de todo eso...

—Sí, otra borrachera.

—No estoy borracho. Me ha parecido compasivo. Creía que me encontraría con un engreído y resulta que me he encontrado con una persona normal.

—¿Normal?

Normal es el modo en que una línea discontinua sucede a la otra en el asfalto. Normales son los semáforos que se encienden y se apagan: rojo, verde, adelante. Normal es tener un trabajo que te saca todos los días de la cama y te cierra la llave de paso de los pensamientos. Vivir en una fábrica grande con ruidos y que te digan haz esto, haz lo otro, hora del descanso, come

algo, duerme y, cuando nadie te vea, llora un poco si quieres. Son las seis pasadas, miércoles por la mañana, y nosotros vamos a tomarnos un par de aspirinas y a tumbarnos un rato. A sentirnos inútiles una vez más.

—La pega. Su secreto es que la pega.

Mi marido está fumando delante de la puerta abierta del balcón del dormitorio para coger práctica. Yo me cepillo el pelo y le espío por el espejo de mi baño. De repente se vuelve hacia mí; la ceniza cae al suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso. Que la pe-ga. Y por lo visto expía sus pecados a través de la escritura.

Da una calada. Su mimetismo me excita, su derrotismo, su ingenuidad. Su enorme zancada.

—¿No vas a decir nada? ¡Me entran ganas de pegarte a mí también!

Doy golpes con el cepillo en la palma de la mano para mostrarle de lo que soy capaz. Mi codo se separa del resto del cuerpo y arrastra un gatito decorativo que está encima del tocador desde que tengo uso de razón. Sujeta las facturas del teléfono y de la electricidad mientras juega con su ovillo. Ahora lo agarra todo, papeles y ovillos, y se lanza al vacío. Se hace añicos.

—¿Porque se me ha caído la ceniza al suelo?

Recojo los trozos del gato.

—¡Porque siempre preguntas lo que no debes!

—¿Y qué se supone que debería preguntar? ¿Cómo la pega exactamente? ¿Si la arroja al suelo y le da patadas? ¿Eso es lo que quieres? ¿Chismorrear?

—Quiero ver que te sorprende. ¿Sabes por qué se han vuelto anodinos tus relatos? Porque tus personajes oyen cosas de lo más extravagantes y siguen comiéndose su trozo de tarta como si nada. O fumando.

—¡Muchas gracias por la crítica! Es justo lo que necesitaba a las seis de la mañana.

El meñique me hiere dentro de la funda que le ha hecho el médico.

—¿Podemos seguir la charla por la mañana?

—Ahora es por la mañana.

—De repente estoy muy cansado.

—Siempre que algo se tuerce estás cansado. Sólo te pido que no empieces a fumar ahora. Con la bebida y los lloriqueos ya tengo bastante.

Cierra los postigos y vuelve a caer la noche, sólo para nosotros dos. Su cansancio es contagioso. Primero se me entumece la mente, luego los brazos, finalmente las rodillas. ¿De dónde voy a sacar las fuerzas para desnudarme y acostarme yo también? Me parece lo más difícil del mundo. Y mientras tanto miro cómo se desviste.

Primero la camisa. Luego los zapatos. Los calcetines junto con el pantalón.

Un escritor fracasado en slip.

Una pintora fracasada completamente vestida.

No nos pegamos. Tampoco nos abrazamos.

Hay otras formas.

Nos despierta una sirena de ambulancia. Al final resulta que es el teléfono. Mi voz, seria, sobria y más baja de lo normal, dice «Por favor, deje un mensaje».

—Buenos días, Vandoros al aparato. Estábamos pensando que a lo mejor os apetecería venir a tomar un *brunch*. Tenemos un montón de cruasanes, mermeladas, animales cortados a lonchas y de verdad que no sabemos qué hacer con ello.

—¿Qué? —ruge mi marido.

—Un *brunch*. Que si queremos ir a tomar un *brunch*.

Hace un ademán como si fuera a darme un puñetazo en el ojo. ¿Acaso quiere que nos reconciliemos por lo de ayer? Pre-

